

La más dilatada vida,  
Pues que apenas es venida  
Cuando se desaparece?  
Hoy piensas que te amanece,  
Y es el día de tu ocaño;  
¡Término breve y escaso!  
Mas ¿qué mucho, si volando  
Te va la muerte buscando,  
Cuando tú vas paso á paso?

La dama más celebrada,  
Lazo en que todos cayeron,  
Ella y ellos, di, ¿qué fueron  
Sinó tierra, polvo y nada?  
¡Oh limitada jornada!  
¡Oh frágil naturaleza!  
La humildad y la grandeza  
Todo en nada se resuelve:  
Es de tierra y á ella vuelve,  
Y así acaba en lo que empieza.

¿De qué te sirve anhelar  
Por tener y más tener,  
Si eso en tu muerte ha de ser  
Fiscal que te ha de acusar?  
Todo acá se ha de quedar;  
Y pues no hay más que adquirir  
En la vida, que el morir,  
La tuya rige de modo,  
Pues está en tu mano todo,  
Que mueras para vivir.

## MISERERES.

Los escribió seguramente Calderon en su época de ascetismo ó en muy avanzada edad; y han sido reproducidos no hace mucho en una coleccion escogida de *Misereres*.

## AFECTOS

DE UN PECADOR SRREPENTIDO HABLANDO  
CON DIOS EN FORMA DE CONFESION  
GENERAL.

Señor, si esta muda lengua,  
Que habla por el movimiento,  
Y con s nido en sus cantos  
Forma sin voz sus acentos.  
Este cadente cincel.  
Que labraba los aciertos  
De su engaño con los mi mos  
Eslabones de sus hier os.  
Este impelido volante,  
Que sin parar un momento  
En su giro, descansaba  
Sólo en su desasosiego,  
Esta infeliz pluma (digo)  
Que con el cuidado mesmo  
Con que hizo el afan culpable,  
Pudo hacer justo el empleo.

Si hasta aquí sirvió de vario  
Pincel á los varios centros,  
Adonde el genio tiraba  
Las líneas de sus afectos.  
Si á la lira del antojo  
Tambien de agitante plectro,  
Que hacía gemir los trastes  
Con rozar los pensamientos.  
Si fué compas que guiaba  
Con métrico devaneo  
Las castas fugas de Daphne,  
Las torpes faltas de Vénus.  
Y en fin, si escándalo fué,  
Ya es bien, que con otro intento,  
Pues sirvió para el delirio,  
Que sirva para el ejemplo.  
Tarde parece que llega  
Este desengaño; pero  
Nunca es tarde, porque siempre.  
Para el desengaño es tiempo.  
Tarde Dimas llega, y vos  
Adelantando su ruego  
Le ofreceis un paraíso,  
Y os pide sólo un recuerdo.  
Tarde el pródigo á la casa  
De su padre vuelve, y siendo  
Indigno de perdon, le hizo  
El dolor digno de premio.  
Tarde á cultivar la viña  
Los tardos obreros fueron,  
Y reciben su jornal

Tan bien como los primeros.  
Nunca es tarde para el justo  
Dolor, porque hay en su efecto  
Tal virtud que tiene ciencia  
De retroceder los tiempos.  
Incluya (pues) los vividos  
Este penitente esfuerzo,  
Que con ser dolor, no cumple,  
Si no pasa á ser eterno.  
Pues si todo lo adecuado  
Ha de quedar satisfecho,  
Aun el exceso será  
Satisfaccion, mas no exceso.  
Cada cual de mis potencias  
Me asista en tan triste duelo  
Con su misma operacion,  
Pero con el fin diverso.  
La voluntad licenciosa,  
Que hizo en su relajamiento  
Sueño de la destemplaza,  
Haga confusion del sueño.  
La memoria, que ofrecía  
La impureza por recreo,  
Contraste la reflexion,  
Y ofrézcala por tormento.  
Mi entendimiento engañado  
Deje de formar conceptos  
De ignorancia, y forme ya  
Conceptos de entendimiento.  
A este acto de luz concurren  
Tambien mis sentidos ciegos,

Pero no con el sentido.  
Sinó con el sentimiento.  
Sentidos (pues) y potencias  
Formen voz, vario concepto,  
Donde se haga union la misma  
Diversidad del compuesto.  
Y de música tan triste  
Lleve los bajos (con diestro  
Desengaño de sí mismo)  
Mi propio conocimiento.  
Que de lacrimosas voces  
Hacer armonía intento  
Para el concierto especial  
De un general desconcierto.  
Señor mio, no rehuses  
El lance; pero te advierto,  
Que el ánimo no ha de ser  
Osadía, sinó aliento.  
Aliento bien, que cobarde  
De respectivo, creyendo,  
Que te hará más animoso  
La valentía del miedo.  
Ya todo está prevenido,  
Firme el propósito, hecho  
El exámen, muerto el vicio;  
Vivo el arrepentimiento.  
Resta que salgan al labio  
Estos áspides internos,  
Que son culpas en la forma,  
Y en la materia venenos.  
Y este impuro corazon

Se purifique en sí mismo,  
Antes, con fuego de llanto,  
Después con llanto de fuego:  
Y así ha de ser, por que vayan  
En subsecuentes efectos,  
Uno lavando lo que  
Fuese el otro consumiéndolo.  
Para que quede capaz  
(Al modo que puede serlo)  
De abreviar en lo ceñido  
Al que aún no cabe en lo inmenso.  
Que con escudo de gracia  
En los mentales reencuentros,  
Ni hay por qué evitar los golpes  
Ni hay por qué temer los riesgos.  
Virgen, abogada nuestra,  
A quien por gran privilegio  
El Padre os dió de Hija el nombre  
Para ser Madre del Verbo.  
En este vocal juicio,  
Donde yo me hago el proceso,  
Abogad por mí, Señora,  
Saldrá el delincuente absuelto.  
A vos, ¡oh gran Sacerdote!  
Todos mis yerros confieso,  
Si es que puede numerarlos  
El que pudo cometerlos.  
Muchas son, Señor, mis culpas,  
Porque en igual paralelo  
De lo pecado y vivido,  
Aun es lo vivido ménos.

Pronto el pensamiento á todos  
Los falsos ofrecimientos  
De la memoria, admitía  
Los engaños, como obsequios.  
Y en el seguro de estar  
La voluntad sin acuerdo,  
El que traía la especie  
Llevaba el consentimiento.  
Sabía la resistencia  
De los acontecimientos,  
Pero para descuidarlos,  
No para disponerlos.  
Antes ocultando el nombre,  
Por encubrir el defecto,  
Aunque resistencia era,  
Parecía sufrimiento.  
Y si tal vez resistió,  
Fué con descaecimiento  
Repugnante, como que  
Consentía resistiendo,  
Y áun desto la voluntad  
Se quejaba, suponiendo,  
Que la oposicion no era  
Reparo, sinó desprecio.  
Con que para complacerla,  
Y para cumplir con cierto  
Modo, tambien con su oficio  
Resistía, consintiendo.  
Todo lo ya sucedido  
Me ponía con ligero  
Curso presente tal vez,

Y todo en un pensamiento.  
Venía la reflexion  
El traidor rostro encubriendo,  
A introducir el estrago.  
Con el disfraz del consuelo.  
Mi ciega credulidad,  
Gozando más, que inquiriendo,  
No averiguaba el engaño,  
Por no arriesgar el contento.  
Hasta que á la falsa imagen  
La razon corría el velo,  
Dejando el horror del torpe  
Simulacro descubierto.  
Y avergonzado el descuido,  
Y el engaño áun más soberbio,  
Se quedaba uno llorando,  
De que otro se iba riendo.  
No era menor el desorden  
De los labios, pues en ellos  
Se hizo la descompostura  
Gracia del esparcimiento.  
De indecentes expresiones.  
Pero vuélvase al secreto  
La voz, no por parecer  
Dolor, parezca denuedo.  
Que hablo con vuestra deidad,  
Y por seguir el contexto  
Con rigor, puede el rigor  
Parecer arrojamiento.  
Vos, que mi pecho mirais,  
Oidme en él, y cumpliendo

Con la precision, tambie  
Cumpliré con el respeto,  
Que por mayor reverencia  
Trocar los oficios quiero,  
Callando por el dolor,  
Hablando por el silencio.  
Las obras, por infinitas.  
Si en la ejecucion cupieron,  
No en el cómputo, ni áun caben  
En el encarecimiento.  
Desbocado el apetito,  
Tan sin rienda á sus despeños  
Corría veloz, que áun no  
Paraba en los escarmientos.  
Antes para el precipicio  
Los espectáculos mismos  
(¡ Qué horror ! ) le servían más  
De estímulo, que de freno.  
Como si no hubiera muerte  
Vivía tan sin recelo,  
Que el susto sólo inquietaba  
Al temor, mas no al sosiego.  
Y ni al temór, pues vivía  
Tan descuidado del freno,  
Que al parecer me juzgaba  
Del fatal tributo exento.  
Y como si todo fuera  
Vida, pequé ton propensó  
Al vicio, que ya no era  
Curso sólo, sinó anhelo :  
Porque hidrópico de culpas,

Y en ellas mismas sediento  
Saciaba la facultad,  
Mas no saciaba el deseo.  
Tropezaba en los acasos  
Y sin dudar los sucesos,  
Hacia con la esperanza  
Fortuna de los tropiezos.  
En difíciles conquistas  
Ocupaba el ardimiento,  
Más que por gusto, por ocio,  
Más que por valor, por genio.  
Y de las victorias iba  
La jactancia repartiendo  
A la vanidad los triunfos,  
Al deleite los trofeos.  
Pero á este tiempo humillaba  
De fuerte el activo vuelo,  
Que en sí mismo se corrían  
Los ojos de los empleos.  
Y áun la extrañeza no hallaba  
El modo de componerlos,  
Varios por la elevacion,  
Y por el abatimiento.  
Al fin cerrados los ojos  
A los discursos, y abiertos  
A los peligros, nada era  
Reparo, todo era riesgo.  
Y estos accidentes todos  
Los guardaba el pensamiento  
Para repetir los daños  
Con repetir los recuerdos.

Siendo (pues) tantas mis culpas,  
Bien para el perdón que espero,  
Temo, como que confío,  
Confío cómo que temo.  
Mas ya con David clamando,  
Y el santo ejemplar siguiendo,  
Para grande ofensa, grande  
Misericordia prevengo.  
Vuestra gran misericordia,  
Porque no es bastante pienso  
El ordinario socorro  
Al extraordinario empeño.  
Y así os pido que, según  
O la multitud ó el lleno  
De vuestras miseraciones,  
Borréis mis atrevimientos,  
Para labrar el horror  
De mis horrores, pequeño  
Es el raudal de mi llanto,  
Pues no es raudal, sino riego  
Lavadme vos más, y más  
En ese océano abierto  
De vuestro costado (herido,  
Más del amor que del hierro)  
En ese mar de piedades  
Lavad, y teñid á un tiempo  
Con el agua mis delitos,  
Con la sangre mis respetos  
Conozco mi iniquidad,  
Y que tenazmente opuesto  
Mi pecado contra mí,

Siempre contra mí le tengo.  
Tan fuerte contrario, ¿cómo  
Vencerle es posible (¡oh eterno  
Bien!) si siendo yo tan flaco,  
Aun vencerme á mí no puedo?  
Gloria de vuestra piedad  
Sería, que los esfuerzos  
Se trocasen, y que fuese  
Del vencido, el vencimiento.  
Pequé sólo contra Vos;  
Pero (Señor) si fué ajeno  
¿El daño, y mio el arrojo,  
Cómo es el agravio vuestro?  
A varias inteligencias  
Empeña el alto concepto,  
Que á reparos del dolor  
Se ha podido hacer misterio.  
Sólo contra Vos, porque  
Si es vuestro el precepto impuesto,  
Vuestra la ofensa será  
También el quebrantamiento.  
Contra Vos, porque me hicisteis  
Vuestra imagen, y grosero,  
(Con el pincel de la culpa  
Borré el primor del diseño.)  
Contra Vos sólo, porque  
Siempre á mi remedio atento,  
Sólo de vuestra piedad  
Quereis que espere el remedio  
Contra Vos, pues si estuviera  
Al cruel arbitrio expuesto

Del hombre, nunca esperara  
El favor, sinó el despeño.  
Contra Vos, porque tomásteis  
Su ofensa en Vos, no queriendo  
Que quedase mi perdon  
Pendiente de su despecho.  
Contra Vos, pues si pecara  
Tambien contra el hombre, es cierto,  
Serian los dos castigos,  
Pues dos las ofensas fueron.  
Y Vos, dulce Jesus mio,  
Amante pródigo y tierno,  
Por hacer ménos mis penas,  
Así haceis mis culpas ménos.  
Delante de Vos pequé,  
Mas no extraño (aunque lo siento)  
Que no os guardase el decoro  
Quien os violaba el precepto.  
Justificados están  
Vuestros sacros documentos,  
Pues no pude aprovecharlos  
Porque no supe atenderlos,  
Para que vengais, mi Dios,  
Cuando juzgáredes; pero  
Si el rigor tiene motivos,  
Tambien la piedad pretextos.  
Que fui concebido en culpa  
(Señor) y al pecado mesmo  
Me lleva la inclinacion  
Con natural movimiento.  
Bien que esto ne es honestaros

El horror; es proponeros  
Mi flaqueza, como causa  
De mi desvanecimiento.  
Pero ya en mi reduccion  
Manifestais vuestra incierto  
Oculto saber, no sólo  
Como dón, como portento.  
Sí, que es ciencia de milagro  
Dar vida de gracia á un cuerpo  
Muerto por la culpa, y por  
La obstinacion más muerto.  
Rociadme con el hisopo  
De vuestra piedad, darémos,  
Yo envidia á la nieve misma,  
Vos júbilo al mismo cielo.  
Sí, que un pecador contrito  
Para el Cielo, es tal reflejo,  
Que puede aumentar su gloria,  
Si cabe en su gloria aumento.  
Gozo daréis á mi oido,  
Y mayor, reconociendo,  
Que lo que al favor le sobra  
Le falta al merecimiento.  
Y será tal la alegría,  
Que áun los humillados huesos  
Saltos darán de placer,  
Como de agradecimiento.  
Apartad de mis fealdades  
(Señor) el rostro severo,  
Por que no le irriten más  
Los ojos con los objetos.

Y para que á la hermosa  
Vuelva de mi sér primero,  
Pulid todos mis cuidados,  
Borrad todos mis defectos.  
Otro nuevo corazon  
Cread en mí, extinguiendo  
Antes (del todo) el antiguo,  
Por que no pervierta el nuevo,  
Que puede lo relajado  
De fuerte arrastrar lo recto;  
Que los dictámenes puros  
Sigan los torpes ejemplos.  
No me arrojéis de Vos mismo,  
Y vuestro sagrado ceño,  
Como castigo le mire.  
Pero no como despegon,  
Que por pena de mi culpa  
Se hará gozo el ser consuelo,  
Pues en lo mismo que está  
Penando está mereciendo.  
Pero por desvío siempre  
Estará el amor sintiendo,  
Que fuese la sinrazon  
Razon del desabrimiento.  
Y siempre el temor dudando  
Sin medio de algun consuelo,  
Que le asegure, porque entre  
Amar y temer no hay medio.  
Vuelva á mi alma aquel gozo,  
Que mis potencias perdieron  
Por mi culpa, y mis sentidos

Por su desalumbramiento  
Y en aquel feliz estado  
Me confirme con su aliento  
Vuestro espíritu divino  
Por gracia, si no por premio.  
Enseñaré á los errados  
Los dos rumbos contrapuestos  
De la inmortal redencion,  
Y del mortal cautiverio,  
Por que el alma naufragante  
El norte fijo siguiendo,  
Salga del incierto golfo,  
Y llegue al seguro puerto.  
Dios de mi salud, libradme  
De unas ansias, que no siendo  
Pasiones, con la malicia  
Enfermedades se han vuelto.  
Templad, Médico Divino,  
Estos humores perversos,  
Que llagando el alma dejan  
Sano (al parecer) el cuerpo,  
Mas no, que llagas de vicios  
Se han de curar con cauterios  
De ardiente rigor, por que  
Un fuego abraze otro fuego.  
Recetadme una bebida  
De eficaz remordimiento,  
Que tanto vaya sanando,  
Cuanto fuere remordiendo.  
Y recobrada mi lengua  
Del pasmo, en que la tuvieron



Los contrarios accidentes  
De unos mismos devaneos,  
Cantaré vuestra justicia  
Venerando y aplaudiendo  
Sus juicios la admiracion,  
Que es la voz de los misterios.  
Abrid mis labios, Señor,  
Para que os ensalce en ellos,  
Y os dé más gloria ensalzando,  
Por tan humilde instrumento.  
Ensalzarán la que hicisteis  
Transformacion en Vos mismo  
(Por dicha nuestra) de bravo  
Leon á manso cordero.  
Para que las confianzas,  
Que en las iras se encogieron,  
Entre las benignidades  
Pierdan los encogimientos.  
Si os agradaran ahora  
Por sacrificios aquellos  
Sangrientamente tendidos,  
Ruidosamente sangrientos,  
Yo bañara vuestras aras  
Con mi sangre, componiendo  
De la vida y del dolor  
La víctima y el acero.  
Mas para Vos un humilde  
Corazon, que de su intento  
Pesar hace el sacrificio,  
Este es más de vuestro aprecio.  
Mi espíritu (pues) gozoso,

Y atribulado os ofrezco,  
Si por ser mio (Señor)  
No pierde el ofrecimiento.  
Y si le admitís, en él  
Se unirán los dos extremos,  
Que en la gracia no se implican  
Tribulacion y contento.  
Mostrad buena voluntad  
A esta Sion de mi pecho  
(Si en alegórica frase  
Entender la letra puedo),  
Y de la Jerusalem  
De mi alma los deshechos  
Muros se edificarán,  
Firmes al dolor y al tiempo.  
Entónces aceptaréis  
Por sacrificios los ruegos,  
Por oblaciones las ansias,  
Por holocaustos los miedos.  
Los miedos, sí, que se irán  
Con el amor encendiendo,  
Tanto, que pasen de ser

Temores á ser incendios.  
Sobre vuestro altar entónces  
Pondré mi contrito afecto  
(Las víctimas mejorando)  
Llantos en vez de becerros.  
Señor, vuestro grande auxilio  
Vuelvo á pedir, porque temo  
Malograr el suficiente,  
Y así el eficaz pretendo.

Que aunque yo no le merezca,  
Me hace este conocimiento,  
Como capaz de alcanzarlo,  
Ya que no de merecerlo.  
Misericordia, Señor,  
Para lo cual os contemplo  
En esa cruz derramando  
Lo mismo que estoy pidiendo.  
Porque en la cruz consumásteis  
El universal bien nuestro,  
Tantos tiempos prometido,  
Y esperado tantos tiempos.  
Y así ó para obligaros,  
Mi dios, ó para moveros  
A más piedad, tiernamente  
En la cruz os considero.  
Y si en esa cruz mis culpas  
(Redentor mio) os pusieron,  
Me habeis de permitir que haga  
Desta obligacion derecho.  
Derecho para la gracia  
Este discurso exponiendo,  
Como consideracion  
(Señor), no como argumento.  
Por redimir á los hombres  
Permitió vuestro decreto,  
Que á precio vil se vendiese  
Lo que no tenía precio.  
Que infame atrevida turba  
Con escandaloso estruendo,  
Memorable antonomasia

Hiciese de un prendimiento,  
Que trabucándose el orden,  
Comun de los juicios rectos,  
(¡Oh alta Providencia!), el juez,  
Fuese juzgado del reo,  
Que cruel tormenta de azotes,  
Corriese en el turbulento  
Mar de un mármol el Piloto  
Real de la nave del cielo.  
Que por burla os coronase  
La impiedad, no previniendo,  
Que habiais de convertir  
En blason el vituperio.  
Que aleve manos imprimiese  
En el puro papel terso  
De vuestra sacra mejilla  
La estampa infiel de sus dedos.  
Que con una cruz al hombro,  
Os necesitase el peso  
Del socorro del amor,  
Que era el mejor Cireneo.  
Que euclavado en esa cruz,  
Dulces clavos, dulce leño,  
Donde en amarga pelea  
Triunfó de la muerte el muerto.  
Que en esa cruz elevado  
Fuese el lamentable objeto,  
Lástima del mundo, y risa  
Sólo del ingrato pueblo.  
Que allí vuestro desamparo  
Expresárais, pareciendo

Queja el doloroso grito,  
Y todo fué sacramento.  
Que inclinando la cabeza,  
Y el espíritu ofreciendo  
Se efectuase la esperada  
Redencion del universo.  
Pues, Señor, si padecisteis  
Esto, y más por mí, ¿todo esto  
Había de ser malogro,  
Habiendo de ser remedio?  
Nó, Señor; no lo permita  
Vuestra autoridad, pues siendo  
Dueño de mi alma, os toca  
Ampararla como dueño.  
Ni vuestra fineza, pues  
Si empeña el favor primero  
A otros favores, ya en vos  
El curso parece empeño.  
Ni vuestro amor, que si siempre  
Se ha querido mucho aquello  
Que mucho ha costado, mucho  
Me queréis, pues tanto os cuesto.  
Ni vuestro poder, pues fuera  
Un cierto deslucimiento,  
Suyo, que á su oposicion  
Pueda más quién puede ménos.  
Bien sé que Vos que me hicisteis  
Sin mí (¡oh Hacedor Supremo!),  
Sin mí no me salvaréis,  
Porque he de pagar, pues debo.  
Mas ya pongo de mi parte

(Señor) los buenos deseos,  
Poned vos lo que le falta  
A la deuda del descuento.  
Que si vos no lo suplís  
Para tan gran desempeño,  
Yo no tengo más caudal  
Que el dolor de no tenerlo.  
¡Ea, Padre Celestial,  
Absolvedme de mis yerros,  
Que contra todos me irrito,  
Tanto como me arrepiento!  
Y miéntras haceis la forma  
De la absolucion que espero,  
Diré con la confianza,  
Con la fé y el sentimiento.  
Señor mio Jesucristo,  
Si llamaros mio puedo.  
Habiendo tan mal cumplido  
Con la obligacion de vuestro.  
Dios y verdadero hombre,  
Pues sólo Dios pudo serlo  
¡Que en el mundo no se puede  
Hallar hombre verdadero).  
Mi Criador y Redentor,  
Que aún mi caída anteviendo  
Me criásteis, pero fué  
Para redimirme luégo.  
Por ser Vos quien sois, no más,  
Pues no hay más qué ser, supuesto  
Que sólo Vos de Vos mismo  
Sois extension y compendio,

Y porque os amo tambien,  
Aun más de lo que encarezco,  
Que mi amor se pasta allá  
De los encarecimientos,  
Me pesa (Señor) de todo  
Corazon de que debiendo  
Agradaros tanto, tanto  
Haya podido ofenderos.  
Propongo hacer de mi vida  
Metamorfóseos tan nuevo,  
Que trasformandome en otro  
No me conozca á mí mismo.  
Confesará mis delitos,  
Por que encuentre el corrimiento  
Otro acto de castigaros  
En el horror de exponerlos.  
Cumpliré la penitencia  
Que se me imponga, añadiendo  
A la suavidad del orden  
El rigor del tratamiento.  
Mis buenas obras, palabras,  
Pensamientos, os ofrezco.  
Si en mí (Señor) pueden haber  
Algo bueno que ofreceros.  
Mas por que esté sacrificio  
Os pueda ser más acepto  
(Que por mio solamente)  
Ni tendrá valor ni aprecio,  
Le uniré con los que hicisteis  
Por mí Vos mismo en el Huerto  
Pasible, incruento en la Hostia,

Despues en la cruz cruento.  
Que á Vos serán agradables,  
Y á mí dichosos, pudiendo  
Aplicar á mis pecados  
Todos sus merecimientos,  
Por que seais alabado  
En la Tierra y en el Cielo  
Por los tiempos de los siglos,  
Por los siglos de los tiempos.

#### A SAN FRANCISCO DE BORJA.

on motivo del certámen celebrado en la  
Canonizacion de San Francisco de Borja en  
1671 escribió Calderon de la Barca una  
cancion y un soneto.

La cancion tiene por objeto celebrar el  
mérito adquirido sobre el heredado, y el so-  
neto recordar el hecho insigne de San Fran-  
cisco, que siendo virey de Cataluña se vió  
acomotido, puñal en mano, por un caballero,  
y se contentó con reprenderle en vez de  
castigarle.

#### CANCION.

Al que nace glorioso  
No más de porque nace  
Destinado al dosel desde la cuna,

Y sin lid vitorioso,  
Propio mérito hace  
El que es gracioso dón de la fortuna,  
Poca gloria ó ninguna  
Su espíritu ha debido;  
Que el blason heredado,  
Es un tesoro hallado,  
Sin el heroico timbre de adquirido;  
Pues sólo le merece  
El que á ser más de lo que nace, crece.

Es la vida batalla,  
En que no se corona  
Quien vencedor de sí no se apellida :  
Luego aquel que se halla  
Tan fuerte que abandona  
Los militares riesgos de la vida,  
Es el que merecida  
Consigue la victoria.  
Bien Francisco lo diga;  
Pues contra la enemiga  
Hueste que acaudilló la vanagloria,  
Cercado de su abismo,  
Vencido, vencedor fué de sí mismo,  
De cuantas venenosas  
Fieras en real palacio  
La sangre alimentó de más nobleza;  
De cuantas cautelosas  
Astucias en su espacio  
Monstruosos pastos son de la grandeza,  
Supo su fortaleza  
Arrastrar los despojos,

Negando sus sentidos  
A la lisonja oídos,  
Labios al ocio, séquito á los ojos.  
; Oh cuánto á sí se debe  
Quien contra sí sus mismas armas mueve  
O mucha industria ó mucha  
Cautela prevenia  
Robusto gladiador, que sin abrigo,  
Para entrar en la lucha,  
Las armas deponia  
Por no dar de qué asir al enemigo.  
De este ardid sea testigo  
El mundo al mirar cuánto  
Le lidia desasido  
El que hollar ha sabido  
Ducal corona, arnés, púrpura y manto :  
Con que al verle desnudo,  
A quien no pudo asir, vencer no pudo.  
Humilde pluma mia,  
Abate, abate el remontado vuelo;  
Que es sobrada osadía  
Seguir á quien ya es sol de mejor cielo.  
Y bástele á tu celo  
Que en su triunfante día  
Cuatro Francisco ve la Compañia  
De aquellos tres, en cuyo paralelo  
Cuatro astros que su eclíptica hermocean,  
Asis, Paula, Javier y Borja sean.

SONETO.

Jóven arrojé mal precipitado  
Dos dignidades ofendió atrevido ;  
Marqués, pudo el valor verle rendido:  
Virey, pudo el poder verle postrado.

Ni de uno ni otro se valió indignado,  
Quien de uno y otro se valió advertido :  
¿ Qué más poder que haberse reprimido ?  
¿ Qué más valor que haberle perdonado ?

No á poca costa, pues, del sentimiento,  
Le vence una pasión : ; oh quién dijera  
La opresion con que fué, si considera  
Que no fuera acto heroico el sufrimiento,  
Si el sufrimiento grave cruz no fuera ?

LAGRIMAS

QUE VIERTE UN ALMA ARREPENTIDA

No hemos podido saber cuándo se imprimió por primera vez esta composicion. La dió á luz D. Luis Ramirez de Arellano en los *Avisos para la muerte escritos por algunos ingenios de España*, « añadidos en esta séptima impresion. Madrid, 1672. » Y no habiendo hallado ninguna edicion ante-

rior, no podemos asegurar que las *Lágrimas* fuesen una de las poesías añadidas.

De todos modos, se publicaron en vida de Calderon, y debieron ser escritos en Toledo desde 1633 á 1662, ó despues de alguna de las muchas enfermedades que eran ya achacadas del anciano sacerdote.

Las publicó tambien en 1823 en Hamburgo D. Juan Nicolas Bolh de Faber en la segunda parte de la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, con las variantes que hemos seguido en el texto.

Y por último, las dió á conocer el señor Hartzenbusch en el apéndice á las obras dramáticas de Calderon de la Barca.

ROMANCE.

Ahora Señor, ahora  
Que ya este humano edificio  
En el polvo de su fin  
Se reduce á su principio;

Ahora que, descompuesto  
Este vital artificio  
Que un suspiro gobernó,  
Le va faltando un suspiro;

Ahora que á mis alientos  
Está el número cumplido,  
Pues sin esperanza de otro,  
Respiro éste que respiro;

Ahora que rebelados  
Mis potencias y sentidos,  
Son, parciales de mi muerte,  
Mis mayores enemigos ;

Ahora que al desatarse  
Esta lazada que hizo  
La naturaleza, el alma  
Está pendiente de un hilo ;

Ahora que el pulso débil,  
Torpe la voz, yerto el brio,  
En parasismos se emboza  
El último parasismo :

Es tiempo, Señor, es tiempo  
De conocer los amigos,  
Pues el amigo mayor  
Se ve en el mayor peligro.

¡Oh cuánto el nacer, oh cuánto  
Al morir es parecido,  
Pues si nacemos llorando,  
También llorando morimos!

Un gemido la primera  
Salva fué que al mundo hicimos,  
Y el último vale que  
Le hacemos, es un gemido.

Entre cuna y ataúd  
Sólo esta distancia ha habido,  
Hacia la Tierra ó el Cielo  
Arrojarnos ó admitirnos.

¿ Vive el hombre ó muere el hombre?  
Pues que ninguno ha sabido  
Si vive ó muere, porque

Todo se hace de un camino,  
¿Qué más ejemplo que yo,  
A este letargo rendido,  
Pues vivo al tiempo que muero,  
Y muero al tiempo que muero,

Pero si para morir  
No há menester más deliquio  
Ni más crítico accidente  
El hombre que haber nacido,

¡Oh felice yo, felice,  
Que morir he merecido  
En vuestra fé, recibiendo  
Tantos mortales avisos!

Y aunque es preciso el morir,  
Con lo que os pago os obligo,  
Pues resignado en Vos, hago  
Voluntario lo preciso.

No justiciero cerreis  
A mis voces los oídos,  
Sínó misericordioso  
Atended al llanto mio.

Justicia y misericordia  
Dos atributos son dignos,  
Que uno y otro en Vos estan  
Igualados, no excedidos.

Pues ¿por qué habeis de mostraros  
Riguroso y no benigno,  
Siendo rigor y piedad  
En Vos, Señor, uno mismo?

El castigo y el perdon  
Una costa os han tenido ;

Pues echad ántes la mano  
Al perdon, que no al castigo.

Que, puesto que vos morís  
Para que yo viva, indigno  
Será, Señor, que un Dios nuestro  
No salve á un pecador vivo.

¿ Indigno dije ? ; Ah, Señor !  
No supe cómo decirlo,  
Al verlo en Vos intentado,  
Sin verlo en mí conseguido.

Mas ay de mí ! que Vos siempre  
Salvarme habeis pretendido ;  
Pero aunque sin mí me hicisteis,  
Me habeis de salvar conmigo.

Mi Redendor sois, Señor ;  
Que aunque el hebreo atrevido  
Pudo quitaros la vida,  
No pudo nunca el oficio,

Mas ; ay de mí ! que cualquiera  
Es bastante á hacer delitos,  
Y á satisfacer no basta  
El infeliz que los hizo.

De Adan la ofensa primera  
Me echó á esta cárcel que animo,  
Y ántes de nacer, la herencia  
Que tuve dél, fué un delito.

Ya veo que no es disculpa  
Nacer sujeto á este impio  
Feudo, pues nada pactaron  
Las culpas y el albedrío.

Pero si el ser ó nó, fuera

A mi arbitrio permitido,  
Y ántes de ser experiencia,  
Más que exámen fuera aviso,

Qué dulcemente en la nada  
Durmiera en ocio tranquilo,  
El que no tiene, si nace,  
Respiracion sin gemido !

Porque, si haber hecho al hombre  
Que á Vos os peso examino,  
; Qué mucho que á mí me pese  
El haber, Señor, nacido !

Pues apénas me criásteis,  
Cuando, ingrato al beneficio,  
Ya di á entender que era hombre  
Con ser desagradecido.

Que me pesa nacer, dije,  
; Ah, Señor ! y no es delirio,  
Pues tan sin juicio he pecado,  
Como si nó hubiera juicio.

Porque, habiéndome criado  
Para amaros y serviros,  
Temo no me conozcais,  
Señor, por desconocido.

Por eso esta postrer línea  
De la vida, que ya piso,  
Me aflige, pues está en ella,  
El triunfo ó el precipicio.

Mas si Vos morir temisteis,  
Siendo de la gracia archivo,  
; Qué hará este infelice, siendo  
Archivo mortal de vicios ?



Mas ¡ Vos pendiente de un leño,  
Y yo necio desconfío!  
¡ Vos clavado, y yo recelo  
El más mínimo peligro!

¿ Quién el que os hiciéseis hombre  
Se atrevería á pedirlos?  
Nadie : por la gran distancia

Que hay de Dios á hombre pasivo.

Y Vos lo hicisteis por mí,  
De amor y piedad movido :  
Luego bien, Señor, espero,  
Luego bien, Señor, confío.

Pues seis mi sangre, advertid,  
Al esgrimir el cuchillo,  
Lo que os costó el ser mi deudo :  
Quizá embotaráis los filos.

No me diera confianza  
El veros en el Empíreo  
Glorioso, más que en la cruz  
Veros humano y pasivo.

Porque esa sangre que corre  
En arroyos fugitivos,  
Corre por lavar mis manchas,  
Siendo segundo bautismo.

Pues, Señor, gasto tan grande,  
Tan sumo, tan excesivo,  
¿ Se ha de perder por mis culpas,  
Cuando por ellas se hizo?

Y siendo yo vuestra hechura  
Y á quien tanto me asimilo,  
¿ Cómo el vidrio romperá

Quien ve su hechura en el vidrio?

Mucho, Señor, os costé,  
Y por lo mismo confío  
De que me habeis de salvar,  
Pues ya la costa se hizo.

Si cuanto es mayor el riesgo.  
El triunfo es más aplaudido,  
Cuanto la culpa es mayor,  
¿ No tendrá el perdon más brillo?

Pues yo soy el delincuente  
Que torpe y desconocido  
Os puse en este madero,  
Pagando Vos yerros míos.

Yo el hijo pródigo soy,  
Que ingrato y desvanecido,  
De infinitos bienes hice  
Cambio á males infinitos.

Yo soy la oveja perdida  
Que huyendo de vuestro aprisco,  
Con balido á buscar vuelve  
A quien siempre le ha valido.

Grande es mi ofensa, Señor;  
Confieso que no he podido  
Satisfacer por mí sólo  
El número de mis vicios.

Pero por eso, por eso,  
De la Iglesia en los archivos  
Tambien infinitos son  
Vuestros méritos divinos.

Ellos por mí satisfagan,  
Pues mi fiador habeis sido,

Y en vuestros méritos pague  
Lo finito á lo infinito.

Y así, gran Señor, ahora  
Os pretendo compasivo,  
Porque si pierdo esta hora,  
Todo, Señor, la he perdido.

¡Oh cuánto el mortal, oh cuánto  
Dehe vivir pravenido  
Para este paso, en que está  
Lo crítico del camino,

De cuyo confuso instante  
Depende lo decisivo  
De eternidades de gloria  
O eternidades de abismos!

¡Oh quién os hubiera amado  
Tan reverente, tan fino,  
Como si no hubiera en vos  
Clemencia, habiendo castigo!

Arrepentido, Señor,  
Que me perdoneis suplico,  
Y no sé qué alegar más  
Que ruegos de arrepentido.

Que, aunque son muchas mis culpas,  
Y aunque es mucho lo que pido,  
Vos sois Dios, y yo soy hombre,  
Y uno es vuestro y otro es mío.

Por ser Vos quien sois tan sólo  
Siento haberos ofendido,  
Pues aunque cielo no hubiera  
Ni infierno, hiciera lo mismo.  
Y así, contra mí, ¡oh Señor!

Templen el justo castigo  
Los rios de vuestra sangre  
Y de mi llanto los rios.

Salvadme en vuestra virtud;  
Que yo á vuestros piés resigno  
Este cuerpo sin accion  
Y esta alma sin albedrío.

Pues aunque vivir pudiera,  
Estando libre, á mi arbitrio,  
Hoy os hiciera en mi muerte  
De mi vida sacrificio.

Mas si es vuestra voluntad  
Que padezca en los abismos,  
Para que en mí se ejecute,  
Este espíritu os envío.

Y padeciendo, diré,  
Por los siglos de los siglos:  
¡Quién siempre os hubiera amado!  
Quién no os hubiera ofendido!